

real a la independencia, en contra de lo que la mayoría de la historiografía ha venido sosteniendo hasta la fecha.

Finalmente, *Cuba/España. El dilema autonomista* presenta además un archivo de fotografías de próceres del autonomismo bastante completo, así como un útil y bien realizado índice onomástico que facilita su consulta.

Agustín Sanchez Andrés

Antropología brasileña*

La presencia en Brasil de investigadores extranjeros, principalmente estadounidenses y franceses, ha sido clave, tanto para la formación de algunos de los principales centros de enseñanza del país cuanto para el diseño y profundización de líneas de investigación específicas; en algún caso su influencia ha sido estratégica hasta para la conforma-

ción del propio objeto. En fin, Brasil de manera directa e indirecta ha sido beneficiada por estos aportes extranjeros, los ha hecho propios, los ha canibalizado hasta convertirlos en cultura nacional. El caso de Roger Bastide, que llegó a Brasil en 1938 para reemplazar a Lévi-Strauss en la Misión Francesa con la que se fundó la Universidad de São Paulo, es, sin duda, uno de los más emblemáticos.

Ya debíamos a Fernanda Peixoto algunos trabajos vinculados a esta temática: uno sobre los visitantes franceses y americanos, otro sobre la manera en que Lévi-Strauss comenzó en Brasil a construir laboriosamente su carrera académica, sin contar una comparación entre el *Tristes tropiques* de éste y *L'Afrique fantôme* de Michel Leiris. Esta vez se trata de una obra de envergadura mucho mayor, su disertación de doctorado para la Universidad de São Paulo, un estudio de Roger Bastide y sus imbricadas relaciones con el complejo mundo intelectual brasileño, los múltiples diálogos en los que construyó sus escritos, conferencias y clases, y que revirtieron sobre la producción de sus interlocutores. Las líneas por las que se mueve su investigación son tres: el encuentro con el proyecto modernista encarnado en Mario de Andrade; el rescate de la africanidad brasileña, donde Gilberto Freyre es su referente mayor; el estudio, dentro de un marco académico, de los

* Diálogos brasileiros. Uma análise da obra de Roger Bastide, *Fernanda Arêas Peixoto. São Paulo. Editora da Universidade de São Paulo, 2001, 223 pp.*

Encantaría brasileira. O livro dos mestres, *Caboclos e Encantados (Reginaldo Prandi, org.), Rio de Janeiro, Pallas, 2001, 362 pp.*

efectos de la modernización, centrado en las relaciones interraciales y el folclore, en el que el tuvo papel central Florestán Fernandes, primero alumno suyo y más tarde su sucesor en la cátedra de sociología. Este es el itinerario que nos hace recorrer la autora en su apretado libro, recreando la atmósfera cultural paulista y brasileña en general de la época, con sus paradojas, contradicciones, son toda su riqueza y entusiasmo.

A finales de los años '30, Mario de Andrade fue artífice de políticas de rescate cultural en vistas a una definición nacional que contrarrestase los gigantescos cambios demográficos, sociales y culturales correlativos a la inmigración masiva. La definición de la brasileñidad de Brasil era lo que aquí estaba en juego, cuestión que al recién llegado Bastide le resultaba fascinante e inevitable. El intelectual paulista, sin embargo, dejaba como en sombras un aporte, el proveniente de África que, por el contrario, sería el más atrayente para Bastide.

Esta vertiente africana sí está presente en la labor de Freyre; pero mientras que éste se vuelca sobre su absorción en una realidad nacional homogénea, aunque dual, y en la leyenda de la democracia racial, Bastide apunta al mantenimiento y recreación de África en tierras brasileñas: la resistencia cultural de los esclavos, la astucia de aceptar una máscara cristiana que oculta a las

divinidades negras, la construcción de nuevos cuadros sociales que sustentan los valores religiosos africanos (la casa de candomblé como poblado africano). En fin, todo aquello que era o que se convirtió en ideología autolegitimante de los miembros del candomblé, lo que podía dar al culto una base romántica para garantizar su encanto, la base del éxito que en la actualidad ha logrado.

Fernandes, bajo influencias de la sociología funcionalista americana y el marxismo, tiene como cuestión central la integración de los negros en la vida social brasileña, es decir, en los procesos de secularización que llevan de una división en estamentos raciales a otra de clases sociales. Bastide y Fernandes colaboran en un proyecto de la UNESCO (encargado por Metraux) sobre relaciones raciales. La colaboración no impide la diferencia de perspectivas: «Florestán subraya el cambio y el papel tímido de la tradición en ese proceso; Bastide destaca la resistencia de la(s) tradición(es) en medio de cambios profundos que sacudieron a la sociedad brasileña». Es que éste mantiene frente a la modernización, frente a determinados rasgos específicos de la modernización, una actitud en extremo crítica, lo que tal vez sea mucho más fácil de entender hoy en día que en los años '50. Estas reservas respecto a la modernidad no pueden,

sostiene Peixoto, ser vistas como conservadoras o reaccionarias. Por el contrario, la recuperación al menos simbólica de modos arcaicos de sociabilidad entraba en el programa que el socialista Mauss establecía como conclusión de su *Ensayo sobre el don*. El «malestar de la civilización» encuentra en la práctica antropológica un instrumento de superación al revelar antiguas formas de vida colectiva que el desarrollo del mercado ha avasallado.

A Peixoto por encima de todo le interesa el carácter original del pensamiento y labor de Bastide, su singularidad que no es, lo hemos visto, sinónimo de aislamiento, sino todo lo contrario. «(...) durante su estancia brasileña, Bastide forja un punto de vista teórico y metodológico particular, disonante con los patrones de su tiempo». Esa disonancia es múltiple y está incorporada en los diálogos citados –y otros más que en el libro de Peixoto se esbozan–, como múltiples son los planos epistémicos que así traspasa. Los itinerarios de Bastide son, no pueden dejar de ser, interdisciplinarios. Se trata de una interdisciplinariedad concreta específica, idiosincrásica, tropical. Bastide, el extranjero que terminaría descubriéndose africano en Brasil, el teórico del sincretismo, se convierte en elemento sincretizador, en puente entre corrientes intelectuales autónomas y hasta divergentes: la artístico-literaria del

modernismo, la sociología ensayística «híbrida y anfibia» de Freyre, la sociología académica que tiene en Florestán Fernandes su figura originaria.

Ahora bien, lo que en este libro no se revela es que la contribución de Bastide radica mucho más en la interpretación que en el registro de nuevos datos; como etnógrafo su actividad fue más bien mediocre. Su estancia en la «ciudad santa» del candomblé, Salvador, no llegó a los nueve meses, distribuidos en siete años, aunque nada permita pensar que ese tiempo haya sido dedicado por completo al trabajo de campo. Hubo, además, ceremonias esenciales del culto que no presencié, como la *salida de santo*, la fiesta en la que desemboca la iniciación del neófito. Pero más que, el poco tiempo, o la falta de ciertos registros, lo que sesgó la visión de Bastide fueron dos hechos indisolubles.

Por un lado, el que fuese, por así decir, capturado por las autoridades de las casas de candomblé que lo colocaban más que como a un espectador, como a un espectáculo en los asientos para visitantes privilegiados –con una inmovilidad y una ceguera equivalentes a su propia visibilidad y a la riqueza de aquello que a él se le ocultaba–, y que le concedieron algún puesto honorífico dentro de la jerarquía religiosa. Por otro lado, el que diese

al candomblé el valor de «religión» en el dualismo que Durkheim oponía ésta a «magia», dejando de lado las obvias prácticas de resolución de las aflicciones y hasta de hechicería con que el candomblé atrae a clientes y fieles. No se trataba, además, de una simple religión, sino de un pensamiento místico y metafísico altamente refinado. «La filosofía del candomblé no es una filosofía bárbara, sino un pensamiento sutil que aún no ha sido descifrado». En fin, «el pensamiento africano es un pensamiento culto».

Palabra más, palabra menos, estamos en la misma sintonía que alguien muy estimado por Bastide, Marcel Griaule, a quien en los años 50-60 se le concedía la fama de haber descubierto una gran mitología negra en país dogon, un patrimonio secreto pleno de sabiduría proveniente de «la noche de los tiempos». Muy exótico, sí, pero al mismo tiempo, muy occidental: la supuesta similitud con Hesíodo o Platón es lo que termina de legitimar el discurso africano. En la actualidad, sin embargo, la figura de Griaule, de su obra, de su forma de trabajar, han sufrido embates que hasta hace poco el denso corporativismo de la etnografía francesa había logrado esquivar. *Dieu d'eau* y *Le renard pâle* parecen hoy poco más que la construcción a gusto de Griaule y sus gentes, con la asistencia de un pequeño puñado de infor-

mantes profesionalizados, de un gigantesco y monolítico cuerpo mítico desvinculado de prácticas y creencias de agentes y de gentes reales. Para colmo, en estos últimos tiempos se han revelado nuevos estigmas: la manera en la que Griaule se apoderaba de los trabajos de sus subordinados para atribuirse-los a sí mismo, su colaboración con el régimen Vichy, sus maniobras anónimas para que éste prohibiera *L'Afrique fantôme* de su ex amigo Leiris, etc. En fin, que del descubridor de una filosofía africana original, y de esta propia filosofía, poco queda en pie hoy en día. Pero si cabe pensar en Griaule como un embaucador, sería injusto hacer lo propio con Bastide. Más bien se trata quizás de un embaucado de buena fe y gran generosidad, aunque se lamentase de tener en su punto de mira a los bahianos y no a los dogon, y que, en consecuencia, intentase transmutar los bahianos en dogon.

Es indudable que la influencia de Bastide ha sido esencial a la hora de legitimar el candomblé, por un lado, y, por otro, para establecer una determinada forma de concebirlo y de practicarlo, es decir, la de un puñado de *casas de santos* de Salvador que mantienen hasta hoy en día esa primacía otorgada por el estudioso francés. En otras palabras, Bastide, tras los pasos de Nina Rodrigues y de Edison Carneiro,